

El reverso del tiempo

Angelina Muñiz-Huberman

En recuerdo de mis amigos muertos

Estaba ante las puertas de la muerte. Que era lo mismo que estar ante las puertas del castillo. Ni siquiera ante las puertas del castillo. Que el castillo era inexpugnable y aún faltaba cruzar el foso y que el puente levadizo se extendiera.

*

¿Cómo soportar ese instante, que ignoraba si sería breve o largo, del paso de la vida a la muerte, de las puertas cerradas a las abiertas? ¿De la luz a la oscuridad o, también lo ignoraba, de la oscuridad a la luz?

*

Atrás quedaba el tiempo recorrido que sabía que existía por las marcas en su cuerpo.

*

Su cuerpo devastado. Irreconocible. Ya sin huellas. En silencio. Sin la mínima protesta.

*

Y, sin embargo, era su querido cuerpo. El único que poseía. Incambiable.

*

Lo había ido desnudando. Desmenuzando. Mostrando al mundo sus heridas irremediadas. Los tatuajes irreverentes de la destrucción.

*

¿Para qué?

*

Su antes cuerpo terso. Bello. De un solo día de vida.

*

Ahora, de un solo día de muerte. Nacimiento de la desmedida.

*

Y las puertas del castillo implacables: ni se abrían ni rechinaban.

*

No podía dar el último paso. Paralizado. Aún detenía el tiempo.

*

Por los resquicios y derramado hacia los lados, el ensordecido eco de voces impotentes.

*

En realidad, era el silencio de todas las cosas.

*

No podía extender la mano porque nadie la recibiría.

*

Era morir en soledad. Eso era. Y nada más. Nada. Más.

*

¿Quién recoge la mano de un muerto? ¿Su fría y apagada piel?

*

Nadie.

*

Era un sueño antiguo. Ante las puertas de un castillo, el foso, el puente levadizo.

*

Que otros habían soñado tiempo atrás, tiempo revertido.

*

Contado. Pero que nadie creyó llegado el momento.

*

¿Para qué? El miedo todo lo había borrado, despacio.

*

Mas él ya no sentía miedo ante el castillo inexpugnable. El foso. El puente levadizo.

*

¿Para qué?

*

¿Para qué sentir miedo? Si el miedo, como todo lo demás que conformaba su cuerpo y su mente, la gota salina en el lagrimal, se escapaba, poco a poco, hacia la nada real.

*

El renombrado reposo del guerrero. Inútil. Sin despertar.

*

Porque guerrero había sido y hoy, ni un paso podía dar, ni un sonido emitir.

*

La absoluta parálisis. Que ni el sueño podía remediar.

*

Quiso, entonces, en imaginado gesto, revertir el tiempo.

*

Regresar al principio de todas las cosas. En un viaje irrepetible, en el que embarcarse era el fin en sí.

*

No tuvo que dar la vuelta: siguió mirando el cerrado castillo, el foso, el puente levadizo.

*

¿Cuándo? ¿Cuándo se abrirían? Para entrar no en el fin de los tiempos, sino en el tiempo por fin recobrado, por fin integrado, por fin incorporado: el tiempo que ya no corre: el tiempo que ya no es: el tiempo a tiempo.

*

El tiempo sin nombre. El tiempo que deja de serlo. El compás perdido. La melodía sin ritmo.

*

Aunque tampoco se trataba de que las puertas del castillo se abrieran. Podría tratarse de un limbo entrevisto, de una condena suspendida.

*

Se fueron sumando los amigos muertos, en fila, que movían sus manos llamándose, guardándose un lugar. Pero uno, uno de ellos siempre era el primero, privilegiado, a la expectativa.

*

Por arriba de su cabeza revoloteaba un pájaro extraviado, que no era ése su lugar.

*

Regresaba en círculos para convencerse de que repetía en vano su ruta.

*

De pronto desaparecía, y ni siquiera esa esperanza dejaba al hombre del castillo. Que no podía avanzar ni retroceder.

*

El cielo se nublaba y era el deseo de una lluvia purificadora, pero tampoco sucedía. Algunos animales rastreaban huellas imaginarias: una ardilla, un jerbo, un caracol de concha frágil.

*

¿Querrían entrar también en el castillo? Nadie se lo preguntaba.

*

El hombre empezaba a petrificarse. Se volvía gris como el pavimento. Y más gris quería volverse. Era el anhelo de un oboe confundido con un clarinete. De un violín y una viola. Es decir, de la falta de oído.

*

Por lo que el aire se había quebrado y ni a canción sonaba. Entre las piedras, el río que alimentaba el foso no arrastraba agua de memoria.

*

Al anoecer, la luna se detuvo. A causa de mis amigos muertos como yo, pensó.